

Lilium inter Spinas

Año X	VITORIA - 1934 - NOVIEMBRE Dirección: Constitución, 35.1.º	Nº 76
-------	---	-------



Hora Santa

Roma, 22 de septiembre de 1934

PRELUDIO

Creo, Señor, que me miras... Creo que ves lo más íntimo de mi alma: mis méritos y mis desméritos; mis faltas, mis imperfecciones y todas mis miserias; mi amor, o el ansia de amor que me devora... Te adoro con lo más profundo de mi alma. Te reconozco como a mi Dios, mi Creador, mi Señor, mi Dueño y mi Juez. Y al mismo tiempo como mi Padre, mi Maestro, mi Amigo, mi Esposo... Te amo con todo mi corazón, con todas las fuerzas de mi alma... y te confieso mi suma pequeñez, mi nulidad, mi nada.

Necesito, Señor, tu luz, tu fuego y tu gracia especial eficacísima para practicar, con el mayor fervor de mi corazón, esta Hora Santa, que te ofrezco por todas las intenciones de tu Divino Corazón y por todas las intenciones de los que aquí estamos en tu presencia. No me niegues, Jesús mío, esta especial gracia. Y Vos,

Virgen Inmaculada, que nos presidís; Santos y Ángeles que nos protegéis, ayudadnos a estar, a obrar, a sentir, a resolver, a ofrecernos a nuestro Dios como siervos suyos, y, si es su voluntad, como sus más rendidas víctimas.

I

Vamos a ver y considerar, amadísimas hermanitas y venerables religiosas, a Jesús Nuestro Señor, en aquel instante sublime en el cual Él, por su propia voluntad, porque quiso, porque le empujó su amante Corazón, Él, libremente, generosamente y espontáneamente, se entregó al Padre por nosotros en el Huerto de Getsemaní. Momento en el que se cumplen las palabras del profeta: «Tradidit semetipsum»... Se entregó a sí, por mi amor, a la voluntad de su Padre.

No vamos, pues, a considerar ese otro momento en el que fue apresado, arrastrado y vilmente sacrificado. El momento de esta Hora Santa es aquel en el cual, antes que nadie le forzara, antes que nadie tuviese dominio sobre Él, cuando Él estaba todavía completamente libre, y, por lo tanto, en disposición de elegir, de desistir, de huir... entonces, llevado de su generosidad, de su amor, se entregó a su Padre como víctima, como holocausto y propiciación por nuestros pecados y por los del mundo entero.

Veamos allí, hermanitas amadas, en el Huerto de las Olivas, a Jesús recogido en un rincón, completamente solo. Había dicho momentos antes a sus apóstoles: «Voy, y a donde yo voy vosotros no podéis venir ahora». Como si dijera: Voy a verificar una obra, que sólo yo la puedo hacer y no la podéis hacer ahora vosotros. Y como es obra que yo sólo la puedo hacer, porque es mi obra, voy solo a hacerla. Voy a consumir la obra que mi Padre me ha encomendado y que es mía por excelencia, sólo mía. Más tarde, siguiéndome vosotros a mí, haréis vuestra obra; la obra que va a hacer vuestra, mis queridos apóstoles, la haréis vosotros. Pero, ahora, mi obra voy a hacerla yo solo.

Y la haré libremente, voluntariamente, espontáneamente, sin que nadie me haga violencia; la hará mi amor, sólo mi amor, porque mi amor es el único verdugo que me entrega al sacrificio. ¡Oh, sí! ¡Mi amor, la inmensidad de mi amor a los hombres!

Y allí está Jesús recogido, silencioso, solo... solo.

En Betania, en el Cenáculo, se despidió de su Santísima Madre: ¡Adiós, mi dulcísima Madre! La voluntad de mi Eterno Padre nos separa; voy a beber el cáliz que su justicia divina me brinda. A la entrada de la granja se despide de sus amados apóstoles: «Ya un poco más, y no me veréis». Se despidió, se arrancó hasta de sus más íntimos amigos, con quienes siempre anduvo, en cuya presencia hizo los más señalados milagros, las gracias más distinguidas, los hechos más gloriosos de su vida, y sin los cuales nada, o casi nada hizo en los tres años de su celestial apostolado. Pero esta obra tiene que hacerla sólo, prescindiendo hasta de éstos sus amigos. Por eso, reprimiendo los naturales impulsos de su divino Corazón, se arrancó de ellos, y se apartó como un tiro de piedra; se internó en el Huerto, y quedó solo.

En lo alto del cielo está su eterno Padre, que desde este instante será su riguroso Juez: Juez divino, que exigirá el cumplimiento de una palabra que pronunció su amor, de ofrecerse Él como víctima, como rescate, como reparación justa y condigna de los males del género humano. Ha llegado esa hora y el Padre exige el cumplimiento de aquella palabra: palabra de la cual depende la redención. Y en la presencia de aquel Dios Padre y Juez está Jesús-Víctima solo. (*Pausa*).

II

En la noche oscura, la hora avanza... y Jesús, en medio de terribles angustias y agonías de muerte, viendo desenvainada la espada de la justicia divina, espantado, de rodillas y con el rostro pegado al suelo, reverente ante la infinita Majestad de su Padre-Juez, con profundísima humildad, rendido como un reo y

entregándose a la inexorable justicia de Dios, está temblando en silencio y solo.

Y ¿qué hace?... Ora, gime, y sobreponiéndose a las exigencias e impulsos de la naturaleza, con arranque sublime de su amante Corazón, dice: «**Pater**, si non potest hic calix transire nisi bibam illum, fiat voluntas tua». «**Padre**, si no es posible que pase este cáliz sin que yo lo beba, hágase tu voluntad». A saber: **Padre**, si en tus divinos y eternos designios está así dispuesto y determinado, que yo beba este cáliz, tal como me lo presentas, **FIAT**; hágase así.

Y **Jesús** ha visto, ha examinado, ha aplicado sus labios probado los sorbos de este cáliz; sabía perfectamente lo que le iba a costar beberlo; amarguísimo que era aquel brebaje y que le había de durar más de diez y seis horas. Que no era una de esas medicinas que en un instante se apuran; sino que lo había de beber a sorbos, poco a poco, gustándolo despacio, paladeándolo, y que, por lo tanto, le costaría vaciarlo, no cinco o diez minutos, sino diez y seis horas terribles.

¡Oh **Jesús**! Lo sabías todo; sabías que diez y seis hora. estarías con el cáliz en los labios y que el cáliz en las diez y seis horas estaría derramando amarguísimo acíbar; conociste con perfecta claridad todo lo que iba a suceder en aquella terrible carrera de tu sagrada **Pasión**; sabías lo que significaba el cáliz que el ángel traía en sus manos y los tragos amargos que contenía. Y convencido así, con arranque generoso de tu Corazón divino, enamorado de los hombres, dijiste: «**Padre**, si de este cáliz no se puede quitar ni una gota...; si no se puede endulzar su amargor ni siquiera con una mirada tuya...; si ha de ser todo como lo has dispuesto tú, **Padre** mío; lo acepto, lo quiero, lo amo; beberélo hasta sus heces; no quiero ningún lenitivo, fiat, lo apuraré

con todas sus amarguras, lo beberé hasta la última gota. Así, Padre mío, quiero en todo cumplir tu palabra. ¡Fiat voluntas tua...! (*Pausa*).

III

Y ¿cuál es, Jesús mío, la razón y el motivo de este acto que vas a realizar? ¿Quién te ha movido a un sacrificio tan heroico?

Tu amor, hija mía; la suprema razón, que explica todo esto, es mi amor, la inmensidad de mi amor, la locura de mi amor a los hombres. Dilexit me et tradidit semetipsum pro me». Jesús me ha amado, y Jesús ha dicho que la prueba más grande, más valiente, más sincera del amor es el sacrificio; que el amor, que no va probado en el dolor, es amor de palabras, de mero cumplido, no es sincero ni verdadero; que el amor necesita ser probado, pasado por el crisol del sacrificio.

Y Jesús ha venido al mundo, resuelto a mostrarme la *sinceridad y la verdad* de su amor; quiere convencerme de que me ama; quiere que hasta con mis ojos vea el amor que me tiene.

Ya es niño pequeñito, y desde los brazos de su Madre comienza a mostrarme su amor delicado, fino, purísimo, hermoso y gracioso. ¡Oh, sí! Jesús se ha hecho niño para amarme, y para decirme que me ama con la elocuencia de los niños, porque los niños tienen la elocuencia de la sinceridad y de la verdad. Jesús, para mostrarme su sinceridad, se ha hecho niño, y hecho niño pequeñito, me dice: «Hermanita, hija mía, como con las caricias de mis manos y con los besos de mis labios decía a mi Madre que le quería, así, con la misma sinceridad y verdad te digo a ti que te quiero, que te amo; créeme, me hice niño para decirte que te amo».

Desde el taller de Nazaret ha vuelto Jesús a decirme que me ama. Este es un amor amasado con el sudor de la frente divina, que se revela con sublime ternura al través de un corazón de Obrero, que trabaja y gana su jornal, en la humilde y ruda tarea que le trae el pan. Y al entregárselo a su Madre, le dirá: «Madre mía muy amada, recibe el jornal de mis sudores y juntamente el testimonio de mi amor de Hijo que te quiere. Con mi trabajo y mi sudor va también el corazón. Sabe que te amo. Y en efecto; allí con su ganancia del día iba, noble, todo su Corazón, su Corazón divino, su Corazón enamorado. Y, como a su Madre, con aquel corazón de Obrero, desde el humilde taller, al través de sus sudores, Jesús me ha revelado su amor, me ha amado.

Y ha vuelto Jesús a tomar otra forma para decirme que me ama. En un día de verano, fatigado y sudoroso, después de caminar largas jornadas, se sienta a las doce del mediodía al borde de un pozo. Una mujer samaritana se acerca a sacar agua, a quien Jesús pide de beber, y ésta se la niega; Jesús le revela los secretos de su alma pecadora, y al mismo tiempo las ternuras misericordiosas de su amante Corazón; con lenguaje divino le dice que volverá a tener sed todo el que bebe de aquella agua que ella lleva; pero jamás tendrá sed el que bebe del agua que Él lleva en su divino Corazón; y con este símil le descubre la fuente verdadera del verdadero amor que se desborda de su adorable pecho, el manantial perenne de amor sobrenatural y divino que sacia las almas.

Y llegará la última noche de su vida mortal, y, después de una cena íntima con sus amigos, cena que con vehementes deseos había querido celebrar con ellos, abrirá su Corazón y sus labios para decirles, y en ellos a nosotros, que nos amó hasta el fin.

«Fuego, dirá Jesús, he venido a meter en la tierra, y quiero que se abraze todo». Mi testamento todo se reduce a una sola cláusula, y esa cláusula sólo tiene una palabra, y esa palabra no quiero dejar escrita en papel muerto, por fino y elegante que sea; el blanco pergamino, donde yo he querido escribir mi última palabra de *amor* soy yo mismo, es la blanca e inmaculada Hostia, es mi amante Corazón, donde con sangre divina quedará escrito para siempre este testamento de mi *amor*.

La Eucaristía, multiplicada y distribuida hoy por todo el mundo, es la copia auténtica, donde leerán hasta el fin de los siglos todas las generaciones la conmovedora palabra del amor que Jesús, en la última noche de su vida, dejó escrita y rubricada en tan maravillosa forma.

Pero no bastaba aún este testimonio; no bastaba esta sinceridad y esta verdad con que me dice que me ama. Quiere todavía probarme mejor su amor. Él dijo un día: «Nadie tiene mayor amor que aquel que da la vida por el amado», La prueba más sincera y más verdadera del amor es la muerte por el amado; y Jesús quiere llegar a esta prueba suprema; morir por el amado; y morir un Dios por un gusanito *amado*, y morir con una muerte horrorosa, para que sea todavía mayor, más clara, más sincera la prueba del amor.

Y en efecto, hermanitas amadas, ved a Jesús en el Huerto de Getsemaní, en presencia de su Padre-Juez y en presencia de todas las generaciones pecadoras, a quienes ama y por quienes se ofrece; en su mano derecha lleva el cáliz del sacrificio, con todas las amarguras que de antemano conoce, porque lo ha probado, ponderado, examinado y gustado; y vuelto primero a su Padre, le dice: Fiat voluntas tua»; Padre, es tu voluntad que yo beba este cáliz; fiat».

Y Jesús vuelve su mirada al mundo, y levantando en alto aquel cáliz de amarguras, de humillaciones y de dolores, en un brindis sublime, (perdonadme, hermanitas amadas, esta comparación tan profana y tan pagana), en un brindis original, repito, levantando aquel cáliz, la copa del sacrificio, llena hasta los bordes, hasta donde su Padre-Juez ha determinado, no de vino dulce, sino de agraces, de acíbar, de amargo brebaje, nos dice a todos, entre incendios de divino amor: «Este cáliz, que representa todas las afrentas de mi Pasión y muerte, que me ha dado mi Padre, porque yo primero me he ofrecido a beberlo, es la suprema prueba de mi amor a los hombres; éste es el brindis de mi amor. Voy a beber este cáliz hasta la última gota, porque quiero, porque os amo hasta el fin, hasta- el Calvario, hasta la muerte; quiero que el mundo vea y conozca que yo he descubierto perfectamente todos los secretos de mi Corazón. Pero mirad, quiero que midáis bien mi amor, porque si bien en este cáliz comienza mi sacrificio, este cáliz pasará de mano en mano hasta el fin de los siglos, hasta que yo venga a juzgar al mundo y este cáliz, sostenido por las manos de mis sacerdotes, será siempre el testimonio, el brindis de mi amor».

Estamos en Roma, mis amadas hermanitas, y preciso es recordar con gozo de nuestras almas, que aquí muchas heroínas hermanitas vuestras, queriendo corresponder al amor de su Amado, levantaron un día muy arriba el cáliz de su sacrificio lleno de su propia sangre, para derramarla generosamente en esos Circos, en prueba de la sinceridad de su amor a Jesús.

IV

Es verdad, hasta nosotros ha llegado de mano en mano aquel cáliz de Getsemaní y la cláusula de aquel testamento escrito en la Divina y Santa Eucaristía. He ahí Jesús, en perpetuo Getsemaní, levantando el cáliz lleno de humanas ingratitudes, y repitiéndonos sin cesar la palabra dulce y tierna de su eterno autor.

Y como en Getsemaní, sigue aquí Jesús haciendo su obra solo; parece que al no terminar su obra, tampoco ha terminado su soledad.

Solo estaba en Getsemaní, solo tenía que estar para ofrecer a su Padre el holocausto de su vida, y en el fondo de los Sagrarios sigue condenado a vivir siempre solo.

Sin embargo allí, en el Huerto, aquella soledad exigió y buscó, con insistencia, una próxima compañía de leales amigos, a la que ellos, ingratos, no respondieron. Algo buscaba Jesús en Getsemaní, cuando tan cerca de sí dejó a sus amigos en vela. ¡Oh! ¡Siquiera tuviese Jesús muy cerca de esa soledad del Sagrario tres amigos, y ellos orasen, velasen y acompañasen!

Cierto que en el Sagrario tiene que estar solo; allí ninguno puede estar con Él. Él es la víctima, y Él solo se tiene que inmolar; pero esto no quita que muy cerca de Él estén sus leales amigos, sus amigos de Getsemaní que oran, que velan, que se ofrecen. ¡Ah, si el mundo no estuviera tan distraído y tan alejado de su Jesús Amado!

¡Oh, Jesús! ¡A qué extremos os lleva la grandeza de vuestro amor a los hombres y el afán de mostrarnos y probarnos que nos amáis sinceramente, verdaderamente!

Hermanitas amadas, hagamos examen.

Jesús nos ha distinguido con su amor, nos ha preferido, en su cáliz divino nos ha bañado con infinita

ternura, y con justicia espera nuestra fiel correspondencia.

Como Él fuimos niños; pero tal vez no le hemos probado nuestro amor con la elocuencia sincera y verdadera de la niñez, conqué Él nos probó el suyo tan fino y delicado.

Somos obreras, trabajamos. en un taller, en una oficina; pero quizás no hemos santificado nuestras fatigas y sudores con el fuego sagrado del amor a Jesús.

¡Oh, si los episodios de nuestra vida fuesen otras tantas pruebas de nuestro amor a Jesús!, ¡qué bien probado quedaría!

Hoy, hermanitas mías, examinando el momento o las circunstancias que nos rodean, es preciso remediar todo lo pasado, y ofrecer a Jesús muy sincero el brindis de nuestro amor.

Si somos sinceros, si juntamente con la lengua habla nuestro corazón, y nuestro corazón dice las cosas como las siente, muy de veras, como debemos sentir las todas los que vivimos consagrados a su amor, es preciso arrancar del fondo del corazón una palabra generosa, sincera, verdadera, palabra que hace lo que dice, palabra ante la cual tiemblan los cobardes y se asustan los pusilánimes; esta palabra es *sacrificio*. Sacrificio, en el cual se prueba el amor. Amamos, lo decimos a cada instante. Si, pues, amamos, probemos el amor con el sacrificio, como nos lo ha probado Jesús.

Para eso, hermanitas mías, es necesario tomar el cáliz de nuestro corazón virginal, puro y santificado, vacío, muy vacío de todas las criaturas, de todas las aficiones, de todos los caprichos terrenos.

He ahí la primera labor interesante y necesaria, vaciar bien el corazón que nada tenga, que nada quiera, que nada lo ocupe en la tierra. Mirad cómo lo vació Jesús, desprendiéndose de todos y buscando la soledad.

Agrandémoslo, después, como Jesús el suyo; corazón grande;' generoso, magnánimo, sin medida, como un abismo. Y con ese cáliz en la mano nos hemos de presentar delante del Señor y decidle: «¡Oh, Jesús! Me has amado hasta el fin, me has amado hasta la locura, y me lo has probado con la elocuencia sublime del sacrificio, También yo quiero probarte mi amor con la misma elocuencia y belleza con que tú me lo has probado. He aquí el cáliz de mi corazón *vacío de todo* y agrandado con la mayor generosidad de que soy capaz. Llénamelo como tu Padre te lo llenó a ti en Getsemaní, no de vino dulce y sabroso con que embriagarás un día a tus héroes en el Cielo, sino con el amargo brebaje que tú gustaste, bebiste hasta la última gota en el Huerto y en el Calvario.

Quiero cantarte el himno de mi amor, brindándote el cáliz de mi corazón, lleno hasta sus bordes del vino del sacrificio. Quiero brindar hoy con el vino del dolor, con el cáliz de la pasión,

Te presento, pues, mi corazón vacío, y, para decirte que te amo, te dejo la mano libre, para que lo llenes de acíbar. Llénalo de humillaciones, de desprecios, de dolores, de enfermedades, de pruebas interiores, de persecuciones... y, si tú -quieres, Jesús, lo llenarás de sangre, de mi sangre... como llenaste un día el de tus Cecilias, el de tus Inés. ¡Oh! Entonces sí, con el cáliz de mi sangre, de mi martirio, te probaré mi amor. Toma, Jesús mío, mi corazón, abierto está, vacío está... llénalo Tú, mi buen Jesús».

¿Habrás, hermanitas mías, entre vosotras, alguna tan ruin, que se asuste ante este brindis, y temblando quiera esconder su corazón, o convertirlo en avellana, para que así con poco acíbar pueda llenarse?

¿Y querrá esa hermanita abrir y ensanchar su corazón cuando llegue al Paraíso, para que se llene bien del vino

de la felicidad?

Poco tendría de hermanita de la Alianza, quien así quisiera mostrar su amor a Jesús.

Confesémoslo, sin embargo; la naturaleza ante el dolor y ante la humillación no puede menos de sentir repugnancia y aversión. Los sintió terribles nuestro amado Jesús, y los han sentido los más enamorados de Él. Pero supo Él, y han sabido éstos, sobreponerse a los gritos de la naturaleza, para triunfar siempre con el «fiat» generoso de su voluntad.

¡Oh! No temamos, hermanitas; alarguemos con generosidad el cáliz de nuestro corazón, y dejemos que Jesús lo llene con el vino que Él se digne escoger, en la seguridad de que, por amargo que sea, su amor lo endulzará cuanto sea menester para poderlo beber nosotros.

Ahoguemos los gritos de la naturaleza, seamos generosos, seamos valientes, seamos amantes. «Fiat» Señor, «fiat»; hágase tu voluntad, hágase lo que Tú quieras. Llena hasta donde Tú quieras y con lo que Tú quieras el cáliz de mi corazón. Sí, que rebase de amargura, de dolor; porque entonces será del testimonio de mi amor, ya que la medida del sacrificio ha de ser siempre la medida del amor.

¡Oh, hermanitas que habéis venido a Roma! Sabed que- habéis venido principalmente a vivir vuestro lema, al calor de aquellas vuestras primeras hermanitas que, en la pureza- virginal, probaron el *amor* a Jesús en el *sacrificio*. Habéis venido a Roma a forjar vuestros corazones, a darles el temple de *mártires en el sacrificio*. Decid, pues, con mi insigne paisano, Ignacio de Loyola: «Tomad, Señor, y recibid, *toda mi libertad*». Yo os dejo, Señor, la mano libre para que hagáis de mí todo cuanto queráis y en la medida que queráis. Dadme vuestro amor y gracia; esto me basta; con esto todo lo podré; podré beber el cáliz de mi

sacrificio, de mi pasión hasta la última gota. Y entonces Vos, **Jesús mío**, volveréis a llenármelo, en el cielo, con el néctar embriagador de la eterna felicidad. Amén.



Epílogo

San Sebastián 27 de septiembre de 1934

Eucaristía. Camarín de Nuestra Señora del Coro

Quiero que en este íntimo y último acto, con el cual se cierran los inolvidables que nos han precedido, mi última palabra sea para recomendaros a todas el reposo en Él... vuestro reposo que es *Jesús*. Muchas, muchas cosas buenas hemos visto, nos han conmovido, hemos sentido en el fondo del corazón... todas ellas no son más que un medio, que termina en el último *fin*, en la última aspiración del corazón humano que es *descansa en Dios*.

Buscad la paz, Dios es la paz. Buscad la unión, en Dios está la unión. Buscad la santidad; Dios es infinitamente Santo. Buscad la felicidad; la felicidad para vosotras es sólo Jesús, porque todo lo demás lo habéis dejado, lo habéis renunciado para dar el corazón sólo a la legitimidad felicidad, que es la única de poder amar no a distancias a grandes alturas, sino como se aman y abrazan dos amigos, dos esposos, íntimamente, de tal manera que Dios y vosotras seáis una misma cosa, realizándose la expresión del Papa, que os indicó: *almas unidas a Dios*. Esas sois vosotras: os ha distinguido Dios, Dios ha inspirado al Papa, porque así lo ha querido, porque así se lo hemos pedido, que el Padre Eterno enviase el Espíritu Santo para que lo iluminase... fue una petición no interrumpida, incesante que fue escuchada por mediación de nuestra intercesora Santa Teresita, y así el Papa nos dijo sois *almas especialmente unidas a Dios*.

Sí, hermanitas, unidas, porque sois vírgenes consagradas a Dios, a su amor; *almas desprendidas del corazón para amar sólo a Jesús, únicamente a Jesús, sin mezcla de otros amores; amáis,*

como aman los ángeles, como aman los bienaventurados en el cielo, y, porque sois almas esposas, estáis más especialmente unidas a Jesús.

Pues bien, terminad esta triunfal carrera, guardando la expresión del Papa: uníos a Jesús y apartaos cada vez más del mundo: vosotras en él sois plantas que no encuentran clima para desarrollarse... sois planta que necesita buscar el invernadero, junto a los calores puramente sobrenaturales de la hoguera divina, que es Jesús. Y a Jesús se le encuentra en el fondo del Sagrario, en el fondo de vuestro Sagrario; sí... como acabáis de cantar: «Venid al Sagrario, si buscáis amores... qué dulce es la vida amándote a Ti, qué dulce es sufrir... qué dulce... morir».

Morir es ofrecerle el sacrificio de la vida, es consumir la vida en el sacrificio... junto a su Cruz en el Calvario, donde la unión con Él es más íntima, porque es el prefacio de la eterna unión en el Cielo, y allí sí que realmente podremos decir que estamos especialmente unidas, muy cerca de Dios...

Estaremos viviendo en el mismo Palacio del Rey de amor, que es Jesús, Rey de las almas y Rey *vuestro* muy especialmente, porque reinará en vosotras y vosotras reinaréis en Él.

Plática

San Sebastián 30 de septiembre de 1934

Un recuerdo: Dentro de poco se cumplen los 10 años, nada más, de lo que voy a rememorar. Esta Virgen miraba al otro lado... las puertas cerradas... Abrimos una rendija y aquí de rodillas, 20 almas escogidas, de las cuales algunas tienen la inmensa dicha de estar aquí presentes... Con los brazos en cruz rezamos tres avemarías y desde donde le veis ahora, siendo yo servidor de ese venerable Párroco que tan atentamente os acaba de recibir, desde aquí lanzamos una idea muy pequeña, muy sencilla, muy escondida; se descubrió en el recinto de estas sagradas bóvedas un secreto, un secreto muy significativo y que tenía que anidar más tarde en los repliegues más escondidos de los corazones que me escucháis... Era una idea vaga, una palabra, un ideal... un misterio... como si dijéramos, las líneas de una obra, que ninguno de los que estábamos sabíamos lo que iba a ser... Ellas y yo no éramos más que meros instrumentos, que nos habíamos dejado en las manos de la Providencia y, si algo nuestro podemos atribuirnos, diremos que fue el haber seguido, cuando Dios nos empujaba. Seguimos, seguimos viviendo el secreto de ese impulso que... es para las almas. Ahora van a cumplirse en Febrero los 10 años...

Desde las alturas del Vaticano se nos ha dicho una palabra, que se dijo aquí hace 10 años... una palabra que la ha pronunciado el representante inmediato de Jesucristo Nuestro Señor: es, como si dijéramos, el fruto sazonado de esa semilla de ese granito de mostaza, que cayó aquí, se deslizó por el manto de la Virgen del Coro y se sembró en 20 almas... Ya esa semilla ha fructificado y el fruto, amadísimas hermanitas, lo traemos hoy, a los pies de la Virgen Santísima, de esta Inmaculada Madre.

No creáis que ahora pretendo referir una historia, que ya conocéis... No se trata tampoco de ostentar la gloria y las flores... Yo sé que, si os mostrase esos ramilletes que existen en la Obra, lo recogeríais, y flor por flor iríais entregándolas a la que es Madre de ellas... ¡Pues no las deshojemos ni las manoseemos! ¡Que las guarde Ella! No; tan sólo quiero hacer resaltar una palabra y es la que ha pronunciado el Vicario de Cristo, el Santo Padre de la Iglesia y principalmente Padre *nuestro*. El Santo Padre, nos ha abierto las puertas del Vaticano, y ha tenido la dignación d presenciar, no una peregrinación de almas, no, sino la representación genuina de la Obra de la Alianza y, como representante de Cristo, se ha dignado abrirnos los brazos y nos ha dado su ósculo de paz y bendición...

Las palabras tuyas... algunas ya las sabéis, otras las recogeréis en la Revista, donde aparecerán sin exageraciones de periódicos, los cuales ordinariamente se salen de la exactitud. No; tal y como el venerable Padre os ha hablado, se os hablará y se os dirá cómo se ha complacido en manifestar su amargura..., como Padre de su querida España atribulada, y después manifestando su mayor gozo de recibir a almas de dicha nación que están muy unidas a Dios; y esto que recibiréis, guardadlo, porque habrá ocasión de rubricar estas palabras: almas unidas a Dios. Por eso se complace en ver a 70 representantes de la Alianza, todas estrechamente unidas. Y después pronuncia: Jesús, María, pureza. Jesús que representa *amor*, María que representa la *pureza* y, como flotando siempre el subido ideal de la Obra de la Alianza, queda esta palabra: *pureza*, y luego siguió diciendo: «Bellísimo programa»

Primero para vosotras: vuestro propio perfeccionamiento, y después programa bello de esa acción que hoy tanto se pide, de ese apostolado... ese es el apostolado que os da el programa: Jesús, María, y que hace contener la violencia al Corazón Divino para que traiga a España días y tiempos más consoladores que los que estamos pasando.

Y concluyó diciendo el Santo Padre: «Hacemos augurios, verdaderamente deseamos que si hoy esta Obra se ha extendido a

30 diócesis de España, se extiende a todas las diócesis, no sólo de aquella Nación, sino del mundo entero»

Dio la bendición a sus «consorellas» o sea a las que sois hermanitas de las hermanitas allí presentes, es decir, a todas, y también a vuestras respectivas casas y después a toda la Obra.

Agradeció con inmenso gozo de su alma el obsequio, que le habéis dedicado con vuestros sacrificios... lo vio, lo examinó... Estas noticias, amadísimas hermanitas, son las que puedo hoy manifestaros... las otras las recibiréis en la *Revista*.

Ahora, por lo tanto, después de este acontecimiento consolador, decid: 1º. que el Papa quiere que seáis almas unidas a Dios; 2º. que seáis las que habéis de traer la paz sobre nuestra patria; 3º. que el «bellísimo programa» para nosotros y para los demás es «Jesús-María» quedando flotante la pureza, y 4º. que pidáis y trabajéis para que nuestra Obra se vaya extendiendo hasta llegar a los confines del mundo.

Termino con un consejo; estáis experimentando y sintiendo esta alegría y gozo... más, como acaso puede desbordarse demasiado, con toda la autoridad que represento ahora para vosotras, os mando: que a todas las personas que pregunten por estas noticias no deis satisfacciones... es decir, que no haya entre vosotras demasiada avidez por querer comunicar noticias; sed muy modestas en comunicar estas noticias, quitadlas vosotras importancia de tal manera, que aunque os tiren de la lengua... no os saquen lo que debéis guardar. Manteneos en una especie de, no digo indiferencia, pero sí carencia de empeño por comunicar y «tocar por ahí las campanas, la noticia, que para nosotros, y no para los demás... existe.

Al vulgo le toca enterarse y atender a la prensa, a lo que los periódicos digan con más o menos exactitud... vosotras, ahí tenéis la Revista... fuera de vosotras haced silencio, sed prudentes. Con esto daréis la nota de que no queréis engreiros. Y, para terminar, dad gracias a Dios Nuestro Señor, pues nuestro viaje a Roma ha

sido providencial, la mano de Dios la hemos visto y han tomado parte Santa Cecilia, Santa Inés y Santa Teresita; a ellas y por medio de ellas nuestra gratitud a Jesús, a la Virgen del Coro, a quien sé que le habéis rezado mucho... Gracias... sí, dádselas muy de corazón, porque es verdaderamente grande el beneficio que hemos recibido. Si mostráis verdadero agradecimiento, estaréis en disposición de recibir mayores mercedes.

A. Amundarain